

**Otras Naciones:
Jóvenes, transnacionalismo
y exclusión**

Mauro Cerbino y Luis Barrios, Editores

Otras Naciones: Jóvenes, transnacionalismo y exclusión



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-153-5

Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Fotografía de portada: Stencil elaborado

por los estudiantes de Tecnología de la Imagen
del CETOJ

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2008

1ª. edición: abril, 2008

Índice

Presentación	7
Prólogo	11
<i>Saskia Sassen</i>	
Introducción	15
<i>Luis Barrios y Mauro Cerbino</i>	
PRIMERA PARTE:	
DE ESTADOS UNIDOS A ECUADOR	
Y DE ECUADOR A ESPAÑA	
La globalización de los Latin Kings: criminología cultural y la banda transnacional	27
<i>David C. Brotherton</i>	
La nación imaginada de los Latin Kings, mimetismo, colonialidad y transnacionalismo	41
<i>Mauro Cerbino y Ana Rodríguez</i>	
Reinas y reyes latinos en Madrid: el principio de los principios	75
<i>Bárbara Scandroglio y Jorge S. López Martínez</i>	

SEGUNDA PARTE: MODELOS DE INTERVENCIÓN,
COMPRENSIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO

Jóvenes latinos en Barcelona: la construcción social de las bandas	95
<i>Noemí Canelles</i>	
Etnografía de un mundo clandestino. Vida y política de la calle entre los jóvenes latinos en Italia	113
<i>Luca Queirolo Palmas</i>	
En mi barrio hay vida: VIH/SIDA, graffiti y poder juvenil en Santo Domingo	133
<i>E. Antonio de Moya, Luis Barrios, Lino Castro, Víctor Peña, Luis Alberto Jiménez</i>	
Los hijos e hijas de Mamá Tingó: Culturas juveniles y violencia, en un proyecto llamado Palenque	165
<i>Luis Barrios</i>	
La nación en símbolos e imágenes	199
<i>María Rosa Jijón</i>	
Bibliografía general	233
Los autores	249

Etnografía de un mundo clandestino. Vida y política de la calle entre los jóvenes latinos en Italia

Luca Queirolo Palmas

Cuidadoras de ancianos y bandidos en Génova

Génova es la capital de la inmigración latina, en particular ecuatoriana. Silenciosamente, a lo largo de la última década, un ejército de mujeres ha ido ocupando los nichos de mercado dedicados al trabajo doméstico y al cuidado de personas. Las características principalmente femeninas de este flujo han favorecido su ingreso en el mercado de trabajo local, al menos en los primeros tiempos, contribuyendo a la construcción de un imaginario positivo, signo de una integración silenciosa y pacífica que fue vivida como no amenazante por la población autóctona, ya que era poco visible y no implicaba competencia. Sin embargo, desde un análisis más profundo y, sobre todo, proyectado a largo plazo, se puede apreciar que, si bien las características de la inmigración ecuatoriana aparecen como funcionales en vista de las necesidades inmediatas del mercado de trabajo local y de las modalidades de inserción buscadas por los autóctonos, se presentan como absolutamente disfuncionales desde el momento en que las mujeres ponen en marcha un recorrido de reunificación familiar y dan lugar a la formación de nuevos núcleos familiares. En ese sentido, no es casual que el arribo y la presencia de los hombres y de los hijos adolescentes haya contribuido a crear, en un breve lapso de tiempo, un sentido de miedo social en el que las reunificaciones puestas en curso y la consecuente presencia de figuras masculinas adultas y de hijos mayores, ya no son leídas como aportes de recur-

sos para el bienestar común sino como elementos perturbadores que ponen en discusión la incondicional disponibilidad de las mujeres para el trabajo fijo¹.

Como hemos documentado en otro trabajo (Queirolo Palmas, Torre 2005), la discriminación positiva respecto de las madres, se transforma rápidamente en discriminación negativa ante sus hijos. A partir de unos pocos y aislados casos policiales que tuvieron como protagonistas de pequeños delitos a jóvenes latinoamericanos, nació un género periodístico de éxito: el fantasma de las bandas. La extrema visibilidad de los jóvenes inmigrantes latinos en el espacio público es transformada así, a través de nuevas categorías de percepción, en prueba de una potencial peligrosidad social alimentada por un conjunto de estereotipos ligados al imaginario social de las bandas norteamericanas. Por ejemplo, el siguiente es el relato que hace uno de los periodistas que ha participado de la construcción social del fenómeno:

El fenómeno de las bandas era nuevo y por ello nos ha encontrado sin claves de lectura. Además, las fuerzas del orden nos han entregado un mapa con la ciudad dividida por grupos portadores de nombres que inflamaban la imaginación de los periodistas... Para describir a la sociedad en pocas columnas, los periodistas usan categorías ya conocidas. Para describir a las bandas, entonces, tomamos imágenes del cine y del imaginario colectivo: las bandas americanas, los guerreros de la noche... Seguir la noticia de este modo es también uno de los defectos del mundo de la información, cada vez más obligado a correr detrás de la televisión o de las imágenes, sin la profundización que sería posible si se dedicara mucho más espacio para encuestas o investigaciones temáticas. (Periodista genovés).

Al mismo tiempo, no nos encontramos solamente ante un fenómeno mediático sino, por el contrario, ante experiencias concretas de sociabilidad y de agregación a través de las cuales los hijos de las cuidadoras de ancianos se sustraen de la soledad del arribo, y se inventan un espacio para conseguir afecto, solidaridad, identidad, dignidad y respeto.

1 Para una reconstrucción más profunda de la dimensión de género en la migración ecuatoriana en Italia, véase Lagomarsino F. 2006.

Los adolescentes y jóvenes ecuatorianos, que entrevistamos en Génova desde el año 2004 hasta la actualidad, hoy responden al tema mediático de las bandas, destacando su cercanía o lejanía respecto de ellas, eligiendo hablar positivamente del tema –contradiendo así su lectura criminal– o criticándolo como factor de desorden, gracias a aquello de que: “por culpa de algunos, pagamos todos”.

Lo que se desprendía de las investigaciones, desde su mismo inicio, era ambivalente, pero dos cosas aparecían como ciertas: la primera, que las personas que pertenecen a tales grupos nunca habían hablado en primera persona y, la segunda, que había nacido y se había desarrollado una campaña de criminalización mediática. Por esto es que usamos la metáfora del fantasma: algo evanescente y sin palabras, capaz de infundir un temor casi irracional y atávico entre los “ciudadanos”.

Esta historia que hoy vive Génova comienza a precipitarse en Barcelona en el 2006. Los fantasmas se transforman en personas concretas; sus grupos en sólidas organizaciones no consagradas a la clandestinidad, sus prácticas en embriones de movimientos sociales transnacionales. Así, nuestra actividad cambió de dirección y comenzó a tomar la forma de investigación-acción. El recorrido que desde entonces hemos acompañado y construido activamente (desde los primeros contactos clandestinos en Italia hasta la toma de la palabra y el *coming out* de los sujetos) nos permite producir una mirada original sobre las formas de agregación y sobre las culturas que circulan en el seno de la inmigración de los jóvenes latinos (y no solamente entre ellos). ¿Pero mediante qué categorías podemos interpretar en términos teóricos nuestra práctica etnográfica? Proponemos aquí algunas pistas de lectura.

De las bandas a las organizaciones de la calle

El término español “banda”² y el inglés *gang*, actualmente se encuentran embebidos de un discurso que criminaliza sobre la inseguridad, que impi-

² El término italiano también es “banda”, “bande” en plural. Como paradigma de las tautologías de la criminología académica (Klein et al. 2001).

de observar los elementos culturales que caracterizan a estos grupos y pautan las formas y el significado de la participación subjetiva en ellos. En el caso estadounidense, Barrios y Brotherton (2004:23) proponen sustituir los términos precedentes con el de organizaciones de la calle, es decir:

grupos formados en gran parte por jóvenes y adultos provenientes de las clases marginalizadas, que tienen como objetivo proveer a sus miembros de una identidad de resistencia, de una oportunidad de empoderamiento tanto a nivel individual como colectivo, de una posible “voz” capaz de desafiar a la cultura dominante, de un refugio respecto de las tensiones y sufrimientos de la vida cotidiana en el ghetto y, finalmente, de un “enclave” espiritual en el que puedan desarrollarse prácticas y rituales considerados sagrados.

Según esta perspectiva, las organizaciones de la calle no pueden ser analizadas en términos de disfuncionalidad ni de reproducción social; por el contrario, sus prácticas contribuyen a generar específicas situaciones de resistencia/transformación del orden social y de la cultura dominante. El tema de la “resistencia” es, sin embargo, discutido ya que corre el riesgo de transformarse de una intuición de investigación, espuria y contradictoria, a una a priori sacramental. El término organización subraya, en cambio, la diferencia entre estas experiencias y los grupos informales. Una organización implica nombre, procedimientos y mecanismos de toma de decisiones; en síntesis, una institucionalidad del poder.

Tres procesos han sido identificados como elementos constitutivos (que actúan en el plano psicológico, cognitivo y social respectivamente) para comprender la participación en estas organizaciones: recuperación, renombramiento, reintegración. El primero –recuperación– posibilita una salida individual respecto de experiencias de vida traumáticas, reintroduciendo al sujeto en un espacio colectivo que desarrolla la autoestima y el bienestar. El segundo –renombramiento– indica no sólo la capacidad de describir sino de re-significar el mundo y la realidad circundante a partir de las propias condiciones y necesidades como grupo social marginal; por ejemplo, la permanente elaboración de rituales, de representaciones de la calle, de lenguajes ligados a los graffiti y a la música, las escuelas y momentos de formación para los miembros de los

Latin Kings y de los Ñetas, dan cuenta de la construcción de conocimientos y saberes colectivos mediante los cuales los sujetos maduran su empoderamiento y su conciencia a nivel individual y colectivo. Finalmente, el tercero –reintegración– se refiere a la acogida en el seno de las organizaciones de calle latinas, como principal mecanismo de reinserción social a la salida de la cárcel, pues la organización se vuelve una familia que acoge, protege, ofrece refugio y orientación. Estos tres procesos están, obviamente, situados en el marco de un contexto específico (el estadounidense), marcado por las encarcelaciones masivas de las minorías étnicas, por organizaciones étnicas de la *voice* (reivindicaciones, movilizaciones, participaciones), por una segregación espacial y escolar y por un Estado de bienestar mínimo. Para comprender lo que son, o pueden ser, las organizaciones de la calle en Europa, será necesario interrogarse en primer lugar acerca de qué es la calle y cuáles son su política y economía en nuestros países.

Las organizaciones de calle en Europa como terreno de hibridación y resignificación de diferentes estilos culturales

Obviamente, la tradición estadounidense es uno de los motores principales de las prácticas y de los imaginarios ligados a las organizaciones de la calle que se están difundiendo en Europa. Uno de los rasgos fundamentales y más recientes de las experiencias más allá del Atlántico, es la construcción de grupos difundidos a nivel nacional, no situados localmente y no exclusivamente masculinos, estructurados por reglas escritas y con formas de organizaciones densas. Pero esta tradición, con sus referencias materiales y simbólicas, no es la única entre los jóvenes inmigrantes latinos en Europa. Como subraya Feixa (2006), de hecho, tenemos tres importantes vectores de estas experiencias asociativas: una tradición latinoamericana, una tradición transnacional ligada a algunos estilos culturales/musicales y una tradición virtual.

La primera se refiere al modelo de las “pandillas” (grupos restringidos) y de las “naciones” (grandes confraternidades con objetivos culturales), que se desarrollan en un contexto signado por profundos mecanis-

mos de discriminación (de género, clase, etnia y cultura) y de violencia generalizada practicada por múltiples actores, entre los que se cuenta una policía muy poco respetuosa de los derechos humanos. Pandillas y naciones no son organizaciones criminales profesionales dotadas de un negocio y de un aparato militar específico, sino grupos que pueden recurrir a la violencia de manera contingente, como forma de defensa, como afirmación física y simbólica para acumular respeto, o como práctica de supervivencia material en la economía de la calle. La tradición transnacional se encuentra representada, en cambio, por aquellos estilos que viajan a través de la música, la moda, los video clips y los medios masivos de comunicación, con los cuales entran en contacto los jóvenes, sean o no inmigrantes. Antes punk y reggae, hoy hip hop, rap, breakdance y reggaetón, configuran un conjunto de lenguajes que viaja más allá de los muros de las tradiciones nacionales y que deviene en terreno de resignificación y contexto para la producción de nuevas formas híbridas que son re-situadas a nivel local. Además, existe una neotradición virtual dentro de la que se mueve la construcción social de las organizaciones de la calle. La calle en este caso es Internet, los cibercafés y los *blogs*, los sitios dedicados a las *gangs* y los chats. Y también en estos espacios se forjan nuevas modalidades de encuentro, de pertenencia y de identificación. Estudiar a los jóvenes que forman parte de las organizaciones de la calle en Génova, Barcelona, Madrid o Milán significa, por lo tanto, interrogarse acerca de las formas específicas de mezcla entre estas cuatro matrices culturales: la del ghetto estadounidense, la del “barrio” latinoamericano, la de las culturas juveniles desterritorializadas y la muy real dimensión de lo virtual

Comunidades imaginadas. La diáspora como dimensión constitutiva de las organizaciones de la calle

Definirse como jóvenes latinos y, en este caso, como miembros de cualquier organización es, por lo tanto, una atribución de identidad y de pertenencia separada tanto de la sociedad de proveniencia como de la sociedad de asentamiento. Se trata, en cambio, de un proceso de etnogénesis

(Feixa, Porzio, Recio 2006)³ extendido sobre un espacio glocal que va de Guayaquil a Milán, de Nueva York a San Juan de Puerto Rico, de Génova a Chicago, de Roma a Santo Domingo, de Lima a Bruselas.

La historia de las dos organizaciones que encontramos en nuestro relato es, de hecho, hija de una diáspora y de un nomadismo dictado por encarcelaciones, evasiones, deportaciones y migraciones económicas. Los Ñetas nacen en las cárceles de Puerto Rico en los años setenta y velozmente arriban a las metrópolis estadounidenses; los Latin Kings emergen lentamente en los barrios proletarios de la Chicago de los años cuarenta y luego aparecen públicamente en las cárceles del Estado de Nueva York, a mitad de los ochenta. Sujetos a una tensión permanente entre la economía de la calle, que empuja a negocios ilícitos pero provechosos, y la política de la calle, que sugiere recorridos de reivindicación de derechos de las minorías, ambos grupos comienzan a reclutar adherentes en el vasto recipiente del barrio, entre hijos de cubanos, de dominicanos, de boricuas (puertorriqueños) y de ecuatorianos. Muchos de los protagonistas de estas experiencias, empujados por las políticas de deportación y buscando nuevos proyectos de vida, vuelven a América Latina y allí fundan nuevos “capítulos” de las organizaciones de la calle. A inicios de los años noventa, por ejemplo, encontramos Ñetas y Latin Kings en Quito y Guayaquil pero también en otras grandes ciudades del continente. A fines de la década, bajo el apremio de las crisis económicas, de la deuda externa y del colapso del neoliberalismo, jóvenes pertenecientes a estas organizaciones se transforman en emigrantes económicos hacia nuevos destinos. Milán, Barcelona, Génova, Madrid, Roma, Bruselas, Valencia, Piacenza, Anversa y Perugia se vuelven así nuevos territorios de acción y de sociabilidad en los que es posible “plantar la bandera” de la Nación o de la Asociación. Esta historia de nomadismo conduce a una memoria entre sus miembros, relativa a lo que implica ser latinos: la lucha contra el racismo, la discriminación y el abuso, la defensa de la raza y la solidaridad con los hermanos más débiles se vuelven expresiones recurrentes a través de las cuales

³ Véase también la idea de *ethnoscape* en Appadurai (2001), de *in-between* en Bhabha (2001) y la todavía escasa literatura que trata de declinar las categorías de transnacionalismo y generación (Levitt, Waters 2002; Feixa, Nilan 2006).

quienes las componen designan las finalidades de las propias organizaciones. Esta historia configura también un espacio de comunicación permanente –activo a toda hora del día en los *blogs*, en el chat y en el *messenger*– que es común al dominicano de tercera generación en Nueva York y al joven aspirante a emigrante en Guayaquil, al ex detenido en Puerto Rico y a los hermanitos apenas reunidos en las ciudades europeas, a los inmigrantes de otras nacionalidades y a los autóctonos convertidos por encanto a la raza latina. De hecho, las organizaciones reclutan no sólo latinos sino también italianos y españoles, así como jóvenes de otras nacionalidades. Las investigaciones en Génova y Barcelona destacaron la presencia de miembros rusos, rumanos, tamiles, pakistaníes, filipinos y de otras nacionalidades, que poco tienen que ver con la retórica de la “raza latina”.

Y en estas discusiones polifónicas en Internet, un poco en *spanglish* y un poco en *itañol*, se forjan modos de ver el mundo y sentimientos de pertenencia en breves comunidades virtuales pero con implicaciones muy reales. Comunidades que, sin embargo, se encuentran estratificadas, atravesadas por relaciones y conflictos de poder, de género, de edad y de nacionalidad y signadas por choques entre modalidades diferentes de entender y de interpretar la pertenencia.

Logos y franquicias. Sujetos y contextos de retraducción de las tradiciones

Latin Kings y Ñetas, los dos grupos observados por nosotros en los últimos dos años, pero también la Mara Salvatrucha, los Vatos Locos y las miles de otras denominaciones existentes, se vuelven logos que oscilan en un espacio glocal de significación: Latin Kings como McDonalds, Nike o Coca Cola. Un ícono fluctuante cedido en franquicia a grupos en busca de una visibilidad en la calle o en los espacios públicos frecuentados por minorías más o menos etnizadas: los centros comerciales, las discotecas, los parques, las escuelas de los barrios segregados. En cuanto logos e íconos, las organizaciones están dotadas de signos de reconocimiento, colores, estéticas, plegarias y rituales más o menos estandarizados y/o condensados en lo que los miembros llaman “la literatura” o “la

filosofía” pero, por debajo de ese nivel, los grupos que gestionan la marca a nivel local tienen amplios márgenes de discrecionalidad para posicionar su producto en el espacio de competencia definido por la economía y la política de la calle. Tal capacidad de agenciar a nivel local radica tanto en factores internos del grupo (características de los miembros, cualidad de los líderes, etc.) como en factores estructurantes del contexto en el que opera la marca.

En lo que hace a los factores internos, en Europa la acción de las organizaciones de la calle asume significado en relación con los nuevos recorridos migratorios desde América Latina y con el lento pero progresivo nacimiento de una segunda generación. En tal contexto, el proceso de recuperación permite reelaborar el trauma causado por partidas no decididas directamente por los sujetos, como muestran claramente las investigaciones de Génova (Queirolo Palmas, Torre 2005; Ambrosini, Queirolo Palmas 2005; Lagomarsino 2006) y Barcelona (Feixa, Ferrandiz 2005; Feixa, Porzio, Recio 2006). A menudo, los adolescentes son reunidos sin que hayan podido elaborar de manera autónoma la partida, desarraigándolos del espacio de sus afectos y emociones, de la sociabilidad en la que se movían en sus contextos de origen⁴. En lo que concierne a los factores externos al grupo, cuentan y hacen la diferencia la orientación de las instituciones públicas, las representaciones conducidas por los medios masivos de comunicación, la discriminación existente o percibida, los canales de participación y de reivindicación posibles para la población de origen inmigrante, los recursos erogados por el Estado de bienestar a nivel nacional y local, la segregación social y espacial y la inferioridad jurídica.

Las administraciones de orientación progresista de Barcelona y Génova, aún en el marco de procesos de estigmatización mediática relevante, han permitido abrir caminos de reconocimiento, legitimación e

⁴ Es significativo observar de qué modo la curiosa geografía de las bandas en Génova –antes de que los diversos grupos se compactasen en dos organizaciones principales– refleja plenamente un espacio de denominaciones existente en Guayaquil desde fines de los años noventa. Es como si los jóvenes, forzados a abandonar su ciudad y sus afectos, hubieran querido reconstruir en otro lugar el espacio de su propia sociabilidad y de sus denominaciones relevantes. Un fenómeno análogo sucede en el caso de los marroquíes: la sustitución de la topografía genovesa con nombres de calles y plazas de la propia ciudad de proveniencia, da lugar a un atlas paralelo, compartido y pleno de sentido.

inclusión social de las organizaciones de la calle que se comprometan a dejar de lado la violencia como forma de resolución de los conflictos.

Estos caminos, que inciden sobre las relaciones de poder internas y sobre las cualidades que se requieren para el liderazgo, chocan continuamente con la masiva condición de ilegalidad (por ausencia de permisos de residencia y por antecedentes penales) característica de los jóvenes protagonistas de estas experiencias, lo que en consecuencia vuelve difícil la puesta en marcha de políticas adecuadas de salida de la marginación social, laboral, educativa, jurídica y habitacional.

Regímenes de invisibilidad, lógicas de distinción, ganancias simbólicas

La actuación de las organizaciones de la calle configura espacios y regímenes de invisibilidad fluctuantes. Las organizaciones están habituadas a moverse con una lógica de secreto y de silencio. No conceder entrevistas y no hablar de asuntos internos con extranjeros, son reglas codificadas, de manera más o menos formal, en muchos de estos grupos. Reglas que nacen, sobre todo, de la necesidad de proteger a los miembros de un sistema judicial-carcelario a menudo discriminatorio ante las minorías. Renunciando a tomar la palabra en el espacio legítimo de la opinión pública, los miembros de las organizaciones de la calle se transforman en fantasmas cuyo actuar es capturado mediante el filtro del discurso sobre la inseguridad, un discurso evidente construido por los medios de información, alimentado por las informaciones policiales y recluido en el recinto de la crónica roja o del folclore criminal.

Sin embargo, paradójicamente, formar parte de una organización de la calle representa para los sujetos involucrados una visibilidad extrema en los lugares en los que se mueven las vidas de los jóvenes inmigrantes (y no solamente las de ellos): señales, colores, graffitis, códigos, invocaciones rituales, estilos de vestimenta y tatuajes hablan de una intención clara de representarse públicamente, de ponerse en escena en los lugares cruciales (las discotecas, los parques, las calles del barrio, los centros comerciales), de afirmarse a los ojos de un otro significativo y de distinguirse de los coe-

táneos. Formar parte implica sustraerse de la humillación de la invisibilidad y de la inferioridad a la que son frecuentemente confinados.

El proceso que Barrios y Brotherton llaman renombramiento –la capacidad de re-significar la realidad circundante a partir de las propias condiciones y necesidades como grupo social marginal– permite, a través de la búsqueda de visibilidad en un contexto de inmigración más o menos excluyente, superar una condición de doble ausencia (ausentes, no vistos, no considerados e indiferentes tanto en el país de origen como en el de arriba) y acceder a una situación de “doble” o “múltiple presencia”, pues ser Latin King, Neta o Vato Loco ubica a los sujetos en un espacio de reconocimiento transnacional. En las grandes metrópolis estadounidenses o europeas tocadas por la inmigración latina, no existe joven de la calle latino que no conozca nombres y señales de las principales organizaciones, así como no existe consumidor que no conozca marcas como Coca Cola o Nike. Al estar inscrita en un régimen de invisibilidad, la pertenencia garantiza múltiples beneficios simbólicos ligados a la distinción, y que deben ser obtenidos (incluso mediante la humillación del otro/a) en los territorios donde se despliegan las culturas juveniles. Finalmente, si consideramos a las organizaciones como un logo que fluctúa libremente en el mundo de las identificaciones posibles y que garantiza a los portadores prestigio y reconocimiento, podemos intuir por qué un joven rumano en Milán o un ruso en Alicante pueden decidir racionalmente formar parte de los Reyes Latinos, del mismo modo en que para bailar el tango no hace falta ser argentino y estar en Buenos Aires, o para tomar Coca Cola no es necesario ser un WASP⁵ de Atlanta.

Estéticas de la culpabilidad. Transformar el estigma en emblema

La dimensión estética sirve para que entre en escena la pertenencia a territorios compartidos en el ámbito de estilos juveniles difundidos a escala global, aun cuando los miembros de las organizaciones de calle frecuen-

5 White Anglo-Saxon Protestant o persona de la clase privilegiada de los Estados Unidos, blanca, anglosajona y protestante.

ten y exhiban divisas particulares. Entonces, es interesante observar el proceso cognitivo que se genera en el momento en que algunas señales estéticas son asociadas en el imaginario público al mundo de las *gangs* o de las bandas. Por un lado, toma cuerpo aquello que llamamos “estética de la culpabilidad”, donde las señales se transforman en pruebas, en indicadores de una potencial peligrosidad social. En distintos países centroamericanos, por ejemplo, el tatuaje es considerado como una señal, jurídicamente utilizable, de pertenencia a las “maras”⁶; en otros hasta los cabellos rapados sirven para indicar la salida reciente de la cárcel. Tanto en Génova como en Barcelona, en el período más intenso de la discriminación mediática, un grupo de jóvenes de piel morena y vestidos con prendas muy holgadas, que caminaba compactamente por la calle o que se detenía a escuchar música hip hop, era inmediatamente percibido por los autóctonos con un sentimiento de pánico ligado a la fenomenología de las bandas. Como señala Cerbino (2006), la construcción mediática de una estética de la culpabilidad es fruto de un acercamiento esquizofrénico, dado que son los mismos medios los productores y portadores globales de los estilos transnacionales de porte y vestimenta que exhiben los jóvenes. En todo caso, la respuesta a estos esquemas de heteropercepción consiste en la reafirmación y en la superafectación de la señal de culpa, es decir, en la transformación del estigma en emblema. Ser jóvenes y latinos no es una esencia sino un proceso de re-invencción social y estética, útil para afirmarse en la propia diversidad y para reconocerse mutuamente. Así como el punk transforma la podredumbre de la pobreza en un emblema a ser exhibido, así como el tatuaje transforma una historia-señal hecha para esclavos y deportados marcados por la administración del poder en un lenguaje del cuerpo y en un arte a ser cultivado, así los jóvenes latinos pueden tener la ambición de volverse “Reyes”, cultivando, enfatizando e hibridando determinados cánones y estilos estéticos. El estigma –ser latino en los Estados Unidos o en Europa implica en gran parte ser inmigrante en condiciones de inferioridad social– se vuelve emblema real que ennoblece. Reyes, precisamente. Así es en la invocación perenne de los

6 Término con el que se designa a las *gangs* en Centro América. Mara es la abreviatura de “marabunta”, una especie de hormigas asesinas y particularmente invasoras.

rituales exhibidos: “¡amor de rey!” en un caso, “¡los humildes que somos... de corazón!” en el otro. A los Reyes debe atribuírseles amor (reconocimiento, respeto) pero también los Reyes dan amor, solidaridad y seguridad a sus iguales⁷. En el caso de la asociación Ñeta, la autodefinition constante de los miembros como “humildes en lucha contra el abuso” se vuelca en un “grito” —el nombre de la principal ceremonia que el grupo lleva a cabo cada año— para invocar igualdad, justicia y amor.

Violencia, redención y segunda familia

La participación en las organizaciones se configura como un modo para canalizar la violencia vivida y experimentada en la calle, hacia formas rituales y simbólicas capaces de atribuirle un significado no gratuito a los actos violentos, insertándolos en un marco definido.

El ingreso en un grupo representa para muchos jóvenes una oportunidad de “redención” respecto a las experiencias de su vida pasada, mediante la adhesión a reglas y a códigos que destierran los comportamientos desviados. Este momento es comparado con el inicio de una “nueva vida”, que permite leer la realidad circundante con otras claves de lectura y que provee un soporte identitario fundamental. En muchas entrevistas se han descrito experiencias individuales ligadas a robos, abusos de sustancias estupefacientes o violencia callejera, que de alguna manera fueron superados o, por lo menos, reducidos precisamente gracias a la aceptación de las reglas de las organizaciones. Son organizaciones que se configuran como lugares cargados de valores afectivos, una suerte de “segunda familia” (que se apoya en la primera sin sustituirla) que protege, acoge y apoya emocional y materialmente a sus miembros. No por casualidad, tanto la lógica de adhesión como el lenguaje utilizado por los miembros, hacen continuas referencias a la creación de lazos de hermandad (“hermanitos”) que reproducen y evocan las dinámicas familiares en un contexto en el que la

7 En una reciente “universal” realizada en Milán, el servicio de orden del grupo llevaba remeras negras con dos consignas impresas en amarillo, en el pecho y en la espalda: “Amor” y “Seguridad”.

familia se encuentra en una condición de extrema fragilidad y dificultad. La idea de segunda familia aparece como crucial para comprender tanto las vivencias internas de estas organizaciones como las relaciones de género fuertemente desbalanceadas⁸.

Al mismo tiempo, es interesante notar de qué manera la manifestación de actos y comportamientos violentos se encuentra ligada a la construcción de relaciones de género impostadas sobre un modelo de masculinidad hegemónica, expresada mediante la demostración de valores como el honor, el coraje o la fuerza física, en los cuales los sujetos han sido socializados, precisamente entre las paredes de sus propias vivencias domésticas. La forma para demostrar la propia virilidad, un elemento central para la construcción identitaria, pasa por la demostración de la capacidad para enfrentar a un adversario y no dejarse someter (física o verbalmente). El poder y el respeto que se construyen en la calle nacen de saber dominar al otro, allí es donde, a falta de palabras, el enfrentamiento físico se vuelve la modalidad expresiva más inmediata y, sobre todo, la oportunidad para salir de la invisibilidad y ser reconocido como sujeto que existe y que es protagonista.

Adhesión por belleza, por juego, por beneficio simbólico o por casualidad

Obviamente, existen diferentes modalidades subjetivas de participación y de adhesión a las organizaciones de la calle. Pero, de seguro, ninguna de ellas presenta alguna homología con la conscripción obligatoria. En general, retomando la intuición sobre la reintegración formulada por Barrios

8 Por ejemplo, en una de estas organizaciones, las mujeres, organizadas aparte, sólo pueden tener relaciones dentro del grupo, mientras que para los hombres es posible acceder a relaciones externas, lo que implica construir simbólicamente a las mujeres como propiedad de los miembros masculinos del grupo. La separación de una pareja debe ser autorizada y es necesario que la mujer lleve un luto de varios meses. Obviamente, la vida real de los miembros, a menudo dista mucho de los dictámenes de las organizaciones. Pero, en todo caso, es importante advertir la necesidad que tienen estos sujetos de construir un espacio en el que se reconstruya un simulacro de familia, solidaria, normal y, al mismo tiempo, impregnada de rasgos y valores fuertemente conservadores acerca del divorcio, del aborto y de las relaciones entre los géneros. El uso de los castigos físicos dentro de los grupos, representa casi la normal continuación de los métodos educativos familiares centrados en la violencia.

y Brotherton (2004), estar dentro implica ubicar un lugar de identidad fuerte al cual pertenecer material o simbólicamente, un lugar que sustituye en sus funciones de cuidado y de apoyo emotivo a familias frecuentemente aplastadas por los ritmos del trabajo. La pertenencia a estos grupos sociales constituye una –entre muchas otras– posibilidad material de reelaborar la propia condición de joven y de inmigrante, en una sociedad en la que se experimenta una condición de integración subalterna y una ausencia de movilidad social de los padres (un destino que en parte es el esperado y al que, precisamente, se desea escapar).

Ser parte, como sugiere Mauro Cerbino (2006), evoca también otros elementos: la sensación de formar una comunidad de emociones y de afectos, el ser partícipes de un grupo de identidad del que se extraen beneficios simbólicos (prestigio y reconocimiento social, uniones afectivas o encuentros sexuales), la embriaguez del riesgo y la gestión de la inseguridad como campo de afirmación y de conquista de poder y prestigio. Es decir, prácticas de *edgework*: allí donde los hijos de los burgueses pueden vivir el riesgo en los deportes extremos, la afiliación a estos grupos ofrece un equivalente a bajo costo para los jóvenes proletarios de las metrópolis (Lyng 1990; Garot 2007). Ser parte significa, además, procurarse algunas de las credenciales que son necesarias en “la calle” para tener respeto y para garantizarse una identidad reconocida. Así como la escuela ofrece títulos educativos útiles para acceder a diversas profesiones con salida laboral, las organizaciones de la calle permiten acumular y usufructuar credenciales que pueden revelarse como útiles, tanto en las relaciones amorosas o sexuales como en la jerarquía del prestigio social entre los jóvenes marginalizados o en la protección de la propia persona respecto de la violencia individual y gratuita (ya que golpear a un miembro de una banda implica golpearlos a todos). Obviamente, se adhiere más por casualidad o por juego que por elección racional. Si los amigos de “la esquina” son Kings me volveré King, si los amigos adoptan otra denominación es probable que los imite. Estas prácticas subjetivas de adhesión se encuentran en organizaciones que elaboran estrategias de reclutamiento en las escuelas o en los barrios de las minorías, con el fin de hacer valer su capital simbólico acumulado: ser un Rey Latino o un Ñeta es distinto, en términos de condiciones de acceso a recompensas futuras, a pertenecer al grupito de la esquina.

El espacio de las políticas locales

La evolución de las organizaciones de la calle, como ya hemos dicho, es sensible a los contextos. Y en efecto, la variabilidad es significativa por los niveles de violencia (de las *gangs* o institucional), por la existencia o no de negocios ilegales de los que los grupos toman su razón de ser o como contingencia, por la condición de sus miembros (ciudadanos en América Latina, minorías étnicas en Estados Unidos, hijos de inmigrantes en Europa), por las cualidades del liderazgo y por su socialización. En este contexto de variabilidad se abre un espacio significativo de acción para las políticas locales, que en distintas ciudades europeas y latinoamericanas han comenzado, a partir de 2006, a seguir la globalización de estos grupos, orientándola en cuanto a su dirección y formas de desarrollo.

En el transcurso de 2006, en Barcelona se transformaron en asociaciones legalmente reconocidas y entraron a formar parte del Consejo de la Juventud, un organismo municipal que reúne a las principales expresiones del asociacionismo juvenil. Fue el resultado de un camino promovido directamente por las instituciones locales y delegado a un equipo de sociólogos y antropólogos. He aquí algunos rasgos destacados del “modelo Barcelona”: una gestión fuerte y activa de las instituciones locales, el involucramiento de servicios sociales, de funcionarios de políticas juveniles y de la policía autonómica, el uso de investigadores como mediadores y como analistas del fenómeno, el objetivo de la legalización (transformar a los grupos informales en asociaciones dotadas de estatutos), la incorporación y la cooptación de líderes de los *Ñetas* y de los *Latin Kings* a los circuitos de la política y de la administración local, la concesión de recursos y de espacios. Los administradores catalanes han buscado, además, apoyos y contactos con altos operadores administrativos, de policía y del mundo de la investigación (tanto en los contextos de origen como en las otras ciudades europeas en las que se ha difundido la experiencia). El resultado de esta política fue el fin de la violencia entre los grupos. En Madrid, en cambio, donde los *Latin Kings* son considerados como asociación ilegal desde junio de 2007, las instituciones locales establecen una política de no reconocimiento y de tolerancia cero ante las bandas, en un contexto marcado por estallidos periódicos de violencia entre los jóvenes inmigrantes y los autóctonos.

En la primavera de 2006 comenzó a tomar forma en Génova un camino análogo al catalán, pero no idéntico. Latin Kings y Nétas salen al descubierto, firman la paz y una declaración de intenciones y desembocan en un centro social autogestionado⁹. El resultado es, una vez más, el fin de las hostilidades y de la violencia callejera. La experiencia genovesa difiere de la catalana en algunos aspectos importantes: un rol no directivo de las instituciones locales que han apoyado de hecho la emergencia y el reconocimiento sin imprimírle una dirección obligatoria al camino a recorrer (la legalización), una plena autonomía para el grupo de investigadores universitarios que activó las relaciones con los jóvenes de las organizaciones de la calle, la confluencia de estas experiencias de agregación con el mundo de los centros sociales autogestionados y del asociacionismo promigrante (también como respuesta a la ausencia de recursos y de espacios puestos a disposición por los administradores), el involucramiento de los líderes de los grupos en una investigación-acción promovida por la universidad acerca de las condiciones de los jóvenes inmigrantes. La experiencia genovesa tiene un reflejo en algunos grupos de la calle que operan en Milán, comprometidos hoy en la búsqueda de un camino de emergencia, reconocimiento y apoyo significativo en el mundo de la administración, de la investigación y del asociacionismo¹⁰.

En Ecuador –la “madre” de la difusión de estas formas de agregación juvenil en Europa–, están actualmente afirmados experimentos de pacificación, integración social y mediación de conflictos, que lograron un alto nivel de reconocimiento y legitimación política en Quito y Guayaquil. En Santo Domingo (<http://lastreetpuntoorg.blogspot.com>), las organizaciones de la calle, con el apoyo de la Comisión Presidencial de lucha contra el SIDA (COPRESIDA), se han involucrado en el trabajo cotidiano en los barrios populares de la capital y en las campañas de información y lucha contra la epidemia. En Nueva York, en cambio, el período de emergencia y de politización de las *gangs* de mitad de los años noventa, apoyado por una investigación-acción del Departamento de Sociología de la

9 En el sitio www.dirittinrete.org, hay un buen archivo de las principales actividades realizadas por las organizaciones de la calle en Génova.

10 Las actividades de mediación y de intervención social son promovidas en Milán por un grupo de investigadores y de operadores de Codici (www.codiciricerche.it).

CUNY (City University of New York), fue despedazado por las políticas de seguridad y de tolerancia cero del alcalde Giuliani y de la Administración Federal, volviendo a arrojar a la sombra y a la economía de la calle a estas experiencias de agregación de las minorías étnicas (Barrios, Brotherton 2004).

En el cuadro siguiente planteamos, a título de ejemplo y con carácter provisorio, el abanico de opciones que se han tomado en las principales ciudades en las que se ha radicado la presencia de los grupos.

Pero, más allá de los resultados, tiempos y finalidades, es interesante observar la forma en que tales políticas de gestión urbana se alimentan de un espacio de comunicación y de reflexividad glocal que en su conjunto cuenta –aunque no de manera estructurada– con administradores y operadores de servicios, investigadores, operadores de policía y dirigentes de las organizaciones de la calle y del asociacionismo¹¹. Este espacio de comunicación ha permitido una circulación de las experiencias y de las diferentes apropiaciones y declinaciones locales de un conjunto de políticas que tienen como denominador común el reconocimiento y la mediación de conflictos –antes que la represión y el discurso contra la inseguridad– como instrumentos de intervención en los mundos juveniles de las organizaciones de la calle.

11 Uno de estos espacios glocales ha encontrado recientemente una forma de estructuración en la “Red urbana de reflexión crítica entre Europa y América” y en una declaración redactada en febrero de 2007 en Nueva York por investigadores sociales y dirigentes de las organizaciones de la calle provenientes de Génova, Milán, Santo Domingo, Quito, Nueva York y Barcelona. (http://www.dirittinrete.org/ita/index.php?option=com_content&task=view&id=185&Itemid=29)

Cuadro No.1 Las organizaciones de calle de los jóvenes latinos y el espacio de las políticas locales					
	Nueva York	Génova	Barcelona	Quito	Santo Domingo
Finalidad de las políticas locales	Contraste de la economía de la calle y del negocio ligado al mundo de las <i>gangs</i> .	Reconocimiento de las finalidades de agregación. Visibilidad en el espacio público.	Legalización y estatutos democráticos a nivel urbano.	Reconocimiento, legalización y construcción de estatutos democráticos a nivel nacional.	Involucramiento en actividades comunitarias en los barrios marginales.
Actores relevantes	City Council, Policía, sistema penitenciario, medios, academia.	Comuna, Universidad, centros sociales autogestionados. Ausencia de una dirección pública.	Fuerte dirección a cargo de la comuna. Investigación social y asociacionismo.	Comuna, gobierno nacional y Universidad.	Comisión presidencial de lucha contra el SIDA. Asociaciones barriales.
Características de los miembros	Minorías étnicas en barrios segregados.	Inmigrantes de primera y de segunda generaciones, a menudo sin permiso de residencia.	Inmigrantes de primera y de segunda generaciones, a menudo sin permiso de residencia.	Ciudadanos. Jóvenes de los barrios marginales y de clase popular.	Ciudadanos y deportados. Jóvenes de los barrios marginales y de clase popular.
Resultados	Encarcelamiento. Invisibilidad de las agregaciones. Reproducción de la economía de la calle.	Fin de la violencia entre grupos, aumento del capital social; mayor legitimidad en el espacio público.	Fin de la violencia entre grupos, aumento del capital social; mayor legitimidad en el espacio público.	Aumento del capital social y mayor legitimidad en el espacio público.	Legitimidad y percepción de utilidad social en el espacio público.